EL FUTURO, OBRA DE LA JUVENTUD ②

LA RECONSTRUCCION

LA Iglesia, como enseñó Pío XII, tiene que ser la defensora de los valores básicos de la dignidad humana. De esos valores sin los cuales cualquier construcción humana, por hábil que sea, está llamada al fracaso. Juan XXIII fue quien de una manera realista y concreta enseñó a la Humanidad los valores que en esta segunda mitad del siglo XX debían ser básicos para la construcción de una sociedad justa: la «Pacem in terris» es el mejor exponente de esta manera de actuar, hasta cierto punto nueva en la Iglesia, puesto que con él se olvida ya de las condenaciones de otros tiempos, para entrar en el terreno de la construcción positiva de una sociedad mejor.

¿idealismo o realismo?

Se ha dicho, y es cierto, que «la posesión de objetivos de largo alcance... distingue al ser humano del animal, al adulto del niño, y en muchos casos la personalidad sana de la enferma» (G. W. Allport).

Pero proponerse unos objetivos que resuelvan los problemas del mundo de hoy, unas metas adecuadas a la complejidad de los problemas de nuestro mundo, no quiere decir que tengamos que caer por ello en un idealismo vago, o en frases abstractas que a nada comprometen.

Por el contrario el idealismo romántico está en vías de desaparición. El mismo Juan XXIII, a pesar de su vertiente optimista, nunca perdió el arraigo con la realidad concreta, y supo impregnar todas sus enseñanzas de ese «realismo de la tierra», que difícilmente tienen los hombres «snobs» que muchas veces salen de las aulas académicas tras una vida cómoda de «hijo de papá».

Decía Hegel que el hombre inteligente y profundo es el menos abstracto de todos los hombres. Y lo demostraba haciendo un análisis sutil de cómo los hombres poco cultivados (que a veces lo son también hombres sólo con una cultura académica), eran quienes más caían en el peligro de la abstracción. Ante un asesino el hombre sin reflexión, generalmente, olvida toda vinculación concreta del criminal con la realidad social, y se limita a tratarle según un concepto general de lo que él entiende por criminal, se olvida del hombre real que tiene delante, y juzga a todos por igual, con arreglo a un cliché. En cambio el hombre inteligente, el verdadero sabio con sabiduría de la vida, es quien ante un hombre que es un degradado social, sabe investigar las causas concretas por las cuales ha llegado a esta situación (abandono familiar, falta de educación, niñez solitaria, malos ejemplos, sociedad injusta...) y así estudiar al hombre de carne y hueso que tiene delante, para comprender su caso y estimular una sana y radical reforma de las estructuras de la sociedad que impida el fomento de estos casos, evitando el clima en el cual se han producido, y construyendo un mundo futuro que en todos los planos permita y estimule el desarrollo positivo de los valores humanos.

No queremos una ciencia puramente teórica, sin conexión alguna con la vida y con el mundo; sino que queremos que la teoría sea vivificada por la práctica, y la práctica inspirada por la teoría, de tal modo que ambas conjuntadas y complementadas permitan la realización de una justicia mayor en el mundo. Creemos que «el hombre se convierte en sabio no sólo oyendo, sino haciendo» (S. Buenaventura).

Cuando en la Biblia se habla de Dios, no se concibe un conocimiento puramente teórico de El, deducido como conclusión de un teorema con unas premisas puramente lógicas; sino que se parte de una experiencia, para reflexionar con profundidad acerca de su sentido. Igual tenemos que hacer con todas las cuestiones, aun las que parezcan más alejadas de la realidad cotidiana. Un célebre matemático ha demostrado que muchos de los principales hallazgos de esta ciencia en la antigüedad, provenían del deseo de resolver problemas reales para los cuales se carecía hasta entonces de un instrumento intelectual adecuado: así ocurrió en Egipto con la geometría, cuyo desarrollo fue necesario para la construcción de las pirámides.

Esta implicación constante de teoría y práctica de hechos e ideas, ha sido la base de la filosofía de Maurice Blondel, el pensador católico más profundo de los últimos setenta y cinco años, y debía ser la constante de nuestro pensamiento impregnado de realismo, que es lo que pide a gritos el mundo de hoy: «acción que alimenta el pensamiento, y pensamiento que aclara la acción».

los signos de los tiempos

Juan XXIII ha sido el Papa que más profundamente ha comprendido la misión de la Iglesia en nuestros días, y por eso ha defendido los derechos humanos, antes de hacer ninguna reivindicación de privilegios para la institución eclesiástica. ¿Qué testimonio podría dar una Iglesia que sólo se preocupase de defender su situación, y no rompiera lanzas ante todo por los valores básicos humanos? Hasta ahora se nos tenía muchas veces en el engaño de hablar primero de los deberes, con lo cual los oprimidos nunca llegaban a conseguir la realización de sus justas reivindicaciones; y Juan XXIII ha sido quien en su «Pacem in terris» habló primero de los derechos y después de los deberes; y cuando trató de estimular estos últimos señalaba como la primera de todas las obligaciones la de reconocer a los demás hombres sus derechos naturales.

La Iglesia, como los grandes pensadores y filósofos, se encuentra dentro de la órbita del espíritu; pero esto no quiere decir que su testimonio tenga que estar desencarnado, y ausente de la realidad del mundo de hoy. Igual que hubo pensadores y profesores que en el régimen nazi levantaron su serena voz para dar un testimonio en pro de la verdad y de la justicia, tan pisoteada por ese neo-paganismo político, del mismo modo la Iglesia no puede ser ajena a las injusticias que se cometen en el mundo de hoy; la Iglesia debe «denunciar lo que hay de contrario a la naturaleza en una situación social» (Pío XII), y en eso no se sale de su misión, sino que por el contrario, cuando denuncia la injusticia la cumple de la manera más adecuada para ser comprendida por todos los hombres. Un Einstein; un Hermann Nohl, el gran profesor y pedagogo; y otros muchos fueron quienes supieron adoptar una digna postura ante un régimen radicalmente anticristiano, en la Alemania de Hitler, cosa que muchos más obligados no lo hicieron.

Los cristianos creemos que la historia tiene un sentido, y por eso es lo más lógico que Juan XXIII partiera siempre en sus reflexiones de los «signos de los tiempos». Un Papa tan realista, y tan de su tiempo, no podía limitarse a elucubrar teóricamente, dando consejos piadosos o condenaciones simplistas, sino que tenía que partir del sentido presente en la historia de nuestro tiempo, para comprender bien su marcha, y desprender de ella una realización para el futuro más sana y más justa. Cuando Dios quiso enseñar la religión al mundo escogió un pueblo —el hebreo— para que encarnase en su historia el testimonio de la auténtica y verdadera religión. Dios se encarna a través de su pueblo escogido, encarnación que culmina con la presencia de Dios en el mundo cuando nace Jesucristo, el Dios-hombre. La historia no es un absurdo; ni algo puramente movedizo como creen algunos cristianos. En la historia late la acción de Dios, que todo hombre de buena voluntad puede vislumbrar, estudiando mejor sus leyes y su significado obvio, sin artificios piadosos.

hacia el futuro

El gran teólogo K. Rahner, S. J., en las reuniones de Salzburgo ha sido el único pensador cristiano que ha sabido dar una visión profunda que ha impresionado grandemente a los ateos que asistían a los coloquios. Para él la religión «no sabría hablar de amor de Dios nada más que movilizando las energías de la voluntad de todo hombre para elaborar su porvenir terrestre con atención a los valores auténticamente humanos». La religión cristiana es una religión del porvenir; pero de un porvenir que comienza con la construcción de este mundo, haciéndolo más justo.

Para el hombre auténticamente religioso amar será algo más que dar una limosna. Es más, quizá el autoengaño de una conciencia que se satisface con la entrega de unas pocas monedas a un necesitado, será la mejor demostración de una falsa caridad. Sin auténtico sentido social, sin una renovación honda de las estructuras injustas de la sociedad, no puede haber sinceridad bastante en nuestra caridad cristiana.

Estamos, por otro lado, demasiado acostumbrados a despreciar a las masas, utilizando ese concepto en forma demasiado despectiva para los valores que conserva el hombre sencillo del pueblo, sin «sofisticar» por una cultura de barniz «snob» que no tiene verdadero arraigo en la realidad. Juan XXIII nunca hizo lo mismo; por eso desconcertó, y sigue

DEL MUNDO

Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

desconcertando, a algunos católicos que entienden la religión de una manera superficial y puramente jurídica y legalista. De ahí que se haya difundido un artículo contra el Papa Roncalli que hace una caricatura irrespetuosa contra una de las figuras más nobles que han dirigido nunca a la Iglesia. Para el autor de este artículo, que por suerte no es español, Juan XXIII era un pobre hombre vacilante, desorientado y confundido ante el Concilio; que no sabía lo que quería para la Iglesia; que nunca imaginó los efectos de convocar un Concilio Ecuménico; que ni fue original, ni propugnador ni realizador de ninguna reforma de importancia. Me basta con señalar estos juicios llenos de simplismo, para que mis lectores comprendan el sentido de la campaña, más o menos consciente, desencadenada contra el Papa de nuestros tiempos.

Sócrates sabía sacar lo mejor de sus enseñanzas en el contacto con el pueblo sencillo; y Juan XXIII hizo lo mismo. Nosotros no podemos ser adoradores de la masa indiscriminada; pero sí atentos a conocer y saber las grandes verdades básicas que ella todavía conserva, y de la cual es vehículo, incontaminado todavía por nuestra artificiosa civilización de aparente baño cristiano.

acción y no promesas

Los signos de los tiempos son muchos; pero se podrían sintetizar en una breve frase: la promoción del hombre, liberándole de la opresión social en que ha vivido durante muchos siglos. Por eso Juan XXIII señala entre otros signos de nuestra época: la promoción de la clase obrera, económica y socialmente; el ingreso de la mujer en la vida pública; la transformación de la estructura social y política de muchos pueblos, que han accedido a la libertad y autonomía; la superación (aunque sólo sea en germen) de la discriminación racial; la socialización creciente de las relaciones humanas y de las instituciones. Lo que está ocurriendo es que la Humanidad está saliendo poco a poco de un estallido infantil y egoísta, accediendo a un mundo adulto y social; porque el niño es «un ser que no está socializado» (G. W. Allport).

Dos obispos, con motivo de la tercera sesión conciliar, han hecho declaraciones que son dignas de meditación para todo cristiano: monseñor Riobé, obispo de Orleans, dijo que «la evangelización debe ser llevada a cabo al mismo tiempo que una verdadera revolución social, la cual exige una nueva adaptación». Y monseñor Tchidimbo constataba que «los africanos buscan su camino en el socialismo. y la Iglesia debería poder afirmar que está atenta a ello». No se puede seguir oponiendo lo social y lo personal, como si lo uno fuese contra lo otro. ¿No fue un gran teólogo de la Edad Media San Buenaventura, quien dijo que ser persona es estar abierto a los demás?

Pero todo esto no debe quedar en meras palabras, porque ya nadie cree en las simples promesas. Es preciso que veamos los hechos de un mundo que se dice influido por el cristianismo, para de verdad creer en él. Lo que necesitamos son acciones, y no palabras. Con bonitas ideas se han creado hasta ahora muchos problemas en el mundo, pero los hombres, y sobre todo los jóvenes, están descorazonados y no creen ya en bellas concepciones; sino en el realismo de quien parte de los hechos para crear reflexivamente soluciones radicales para un futuro que ya está en marcha. ¿No fue Pío XII quien dijo que el mundo había que «rehacerlo desde sus cimientos»? ¿No fue este mismo Papa quien afirmó que la sociedad debía sufrir una transformación a fondo, y no simples arreglos momentáneos o superficiales?: «es toda entera la estructura compleja de la sociedad la que necesita esa rectificación y mejoramiento, por estar profundamente trastornada en su conjunto» (Pío XII-13 junio 1943).

* * *

Estas son las líneas maestras que debe utilizar la juventud en su obra de construir el mundo futuro.

DEJESE GUIAR POR TELE GUIA SI PIENSA EN TV

LOS PROGRAMAS DE LA SEMANA EN LA REVISTA DE TELEVISION